

sitas cuando ménos presentarte á tu esposa y á tu hijo glorioso y rico. Solo labrando su felicidad podrás calmar el torcedor de los remordimientos.

Marina no insistió.

CAPITULO LVII.

Hernan Cortés trata de destruir los ídolos.



CUANDO los capitanes indicaron vagamente sus planes á Hernan Cortés:

—Creo que el ocio os aburre, les dijo; y por eso pensais como egoistas. Pronto tendreis ocasion de emplear vuestra actividad.

Aún no hemos terminado la conquista de México, y es preciso acabarla.

Es necesario obtener el triunfo de nuestra religion; ¿me ayudareis á conseguirlo?

Esta pregunta recibió una respuesta entusiasta por parte de los capitanes.

—¿Podeis dudarle un solo instante? dijo Velazquez de Leon.

—Al oir vuestras palabras, al ver los deseos que teniais de renunciar á la gloria por obtener las ventajas de la vida apacible que aquí se disfruta, he podido abrigar alguna sospecha; pero no tan profunda que no se desvanezca con vuestras protestas actuales.

—Qué os parece mejor, añadió Hernan Cortés: ¿entregaros á la melicie, vivir aquí gozando de venturas que no podeis participar con vuestros hermanos, ó tornar á la patria con los laureles de conquistadores y ser envidia y admiracion, de los que no han podido acompañarnos para llevar á cabo tan gigantesca empresa?

¿Qué son las conquistas de los tercios de Flandes, qué es el mismo descubrimiento del Nuevo Mundo, comparado con el triunfo que alcanzaremos cuando podamos ofrecer á los piés de

nuestro rey Carlos V un vasto y poderoso imperio, conquistado por unos cuantos hombres audaces y valientes?

Todos acogieron con entusiasmo las observaciones de Hernan Cortés, y el mismo Pedro de Alvarado, que era el que más deseos tenía de permanecer en México, para vencer los desdenes de Temixpa, fué de los primeros en responder:

—Si quereis que llevemos adelante la conquista, procurad no dejarnos ociosos, porque la ociosidad es madre de todas las debilidades.

—En ese caso, anticiparé mis proyectos.

—Contad con nosotros para todo.

—En vista de la humildad con que accede á nuestros mandatos, disfrazados de súplicas, el emperador de México, dijo Hernan Cortés, es necesario ya no contentarnos con que haya suprimido los sacrificios de los templos.

Hemos logrado mucho evitando que sean inmoladas en aras de esos miserables ídolos multitud de víctimas.

Pero no basta esto.

Debemos aspirar á destruir los ídolos y á reemplazarlos con las imágenes del Redentor y de su santa Madre.

—Noble y digna empresa, dijo fray Bartolomé de Olmedo; pero difícil y arriesgada.

¿Quién sabe, Hernan Cortés, si jugaremos todo lo ganado y si lo perderemos?

Ya veis que nadie más que yo tiene interes en conseguir el triunfo de nuestra santa religion Católica.

Vuestra mision es luchar; la mia convencer y propagar la luz del Evangelio.

Y sin embargo, yo me resigno á aguardar para no malograr lo que hasta ahora he conseguido.

—¿Qué puede suceder? preguntó Velazquez de Leon. ¿Que opongan resistencia los mexicanos? Tanto mejor; lucharemos con ellos y los venceremos.

—¿Y si no sucediera así? La religion es un sentimiento más arraigado en el alma que el de la patria.

—Hay un medio de evitar un desastre, objetó Hernan Cortés. Pero para llevarlo á cabo es necesario que uno de vosotros se resigne á desempeñar el papel de atrevido.

—¿Qué nuevo plan es ese?

—Entre vosotros sorteaemos uno que se encargue de acercarse al gran templo con algunos soldados, y de exigir que desaparezcan los ídolos.

Si se intimidan los sacerdotes, si no llaman en su auxilio á los mexicanos, si el triunfo es fácil, nada hay que hablar.

Pero si oponen resistencia, lo natural es que los españoles, ántes de averiguar la causa, acudan en auxilio de sus hermanos.

Si nos vencieran, yo quedo aquí para protestar contra el acto del capitán atrevido, y restablecer la paz con el emperador.

—Sin necesidad de sorteo, dijo Pedro de Alvarado yo me encargo de realizar ese pensamiento.

Todos quisieron disputarle el honor de ejecutar el plan de Hernan Cortés.

Al fin fué Pedro de Alvarado quien recibió la mision de destruir los ídolos.

Una circunstancia vino á justificar el proyecto que meditaban los españoles.

Ilbialbi buscó á Hernan Cortés.

—Os engaña miserablemente Moctezuma, exclamó.

—¿Qué me quieres decir?

—¿Le habeis pedido que renuncie á los sacrificios de los templos?

—Sí.

—Pues bien; aunque os ha empeñado su palabra de renunciar á ellos, lo cierto es que sus órdenes se han limitado á pedir á los sacerdotes que no los verifiquen en público.

Hoy mismo han sido conducidos al gran templo de Huitzi,

lopoztlí cien indios de Tezcuco, enviados por Cacumatzin como ofrenda al dios de la guerra para que sus proyectos belicosos contra los españoles se vean favorecidos por la suerte.

Los teopixques han cerrado las puertas de los templos, pero el sacrificio se consumará.

Hernan Cortés dió cuenta de lo que pasaba á Pedro de Alvarado, y para preparar los sucesos fué á ver á Moctezuma.

—Hoy necesito vuestra vénia, le dijo, para que uno de mis capitanes visite con algunos soldados, que son pintores como los vuestros, el gran templo de Huitzilopoztlí.

Deseo enviar una copia del ídolo al rey, mi señor, y ya vereis cuando la observe cómo os suplica que renunciéis á rendir culto á una imágen que no es ni puede ser imágen de divinidad alguna.

Moctezuma ignoraba el sacrificio que iba á tener lugar.

Accediendo á los ruegos de Hernan Cortés habia prohibido terminantemente los sacrificios en los templos.

Pero como esta prohibicion perjudicaba á los sacerdotes, quitándoles importancia, influencia, y lo que es lo mismo, hasta ocupacion, so pretexto de que ántes que al monarca tenian que obedecer á sus divinidades, convinieron entre ellos celebrar misteriosamente los sacrificios, para que en ningun tiempo pudieran quejarse los ídolos de su abandono.

Por lo tanto el monarca no opuso resistencia á que Pedro de Alvarado fuera con algunos españoles al gran templo.

El capitan salió con ocho soldados de los más aguerridos, despues de enterarles de su plan.

Todos iban armados.

Pero esto no causó extrañeza á los mexicanos.

Estaban acostumbrados á ver siempre á los españoles acompañados de sus armas; y como los tlaxcaltecas, habian llegado á convencerse de que los arcabuces y las espadas eran parte integrante del traje de los extranjeros.

Encamináronse tranquilamente hácia el templo.

Movidos por la curiosidad, seguíanles varios mexicanos, y no faltaron algunos que al verlos llegar á la puerta de la mansion de Huitzilopoztlí se adelantaran á detenerlos, anunciándoles que en aquellos momentos estaban los sacerdotes entregados á su oracion, y no era posible penetrar en el santuario.

No hizo caso Pedro de Alvarado de sus advertencias y llamó.

En aquellos momentos empezaba el sacrificio.

Asustados los sacerdotes, suspendieron la horrible ceremonia.

Algunos de ellos corrieron á la puerta para impedir la entrada de los extranjeros.

Pero llegaron tarde.

Cuatro soldados, apoyados en los hombros de otros cuatro, habian logrado escalar la tapia, y se disponian á abrir la puerta para que entrase Pedro de Alvarado.

Como no entendian bien el idioma los que habian ido á llevar á cabo el pensamiento de Hernan Cortés, sin responder á las voces que para contenerlos les daban los sacerdotes, subieron las gradas y llegaron hasta el lugar del suplicio.

Inmediatamente se acercó Pedro de Alvarado al sacerdote que inmolaba á las víctimas, y arrebatando de sus manos la fatal cuchilla, la arrojó con ímpetu y mandó á los soldados que prendiesen al teopixque.

Esto bastó para que, alborotándose los sacerdotes llamasen en su auxilio á los mexicanos.

Bajaron todos precipitadamente las escaleras, corrieron á la puerta del templo, pidieron auxilio, y el conflicto previsto por Hernan Cortés tuvo lugar.

Pero como los españoles estaban preparados acudieron muchos de ellos á socorrer á sus hermanos, y hubo una lucha, en la que el pueblo mexicano no se atrevió á tomar parte, contemplando con asombro y terror el atentado que cometian los españoles contra sus sacerdotes.

Hernan Cortés se acercó á Moctezuma para referirle lo que pasaba.

—Es necesario, le dijo, que vos vayais á contener á vuestros sacerdotes y yo á mis soldados.

Siendo amigos nosotros no deben luchar ellos.

Inmediatamente se pusieron en marcha, y llegaron á tiempo de poner término á la lucha ántes de que tuviera fatales consecuencias.

Aplacados los ánimos, volvieron á palacio, y Hernan Cortés se quejó amargamente al emperador de que se le habia engañado.

—Me habeis ofrecido, dijo Hernan Cortés, que miéntras estuviéramos nosotros en México cesarian los sacrificios, y sin embargo, vuestros sacerdotes estaban hoy ocupados en esas horribles ceremonias.

—Han desobedecido mis órdenes.

—Pues bien; para tranquilizar á mis soldados, para que no se turbe nuevamente la paz entre nosotros, es necesario que confirmeis vuestros mandatos, amenazando con crueles castigos á los que los infrinjan; y al mismo tiempo que nos permitais establecer en uno de vuestros adoratorios un templo cristiano, en donde podamos rendir culto á nuestro Dios y mostrar á vuestro pueblo las grandezas y maravillas de nuestra religion.

Moctezuma, que no sabia negar nada á Hernan Cortés, accedió á sus deseos.

Aquella misma tarde fueron trasladados los ídolos de uno de los templos más próximos al cuartel de los españoles á otro de los adoratorios, é instantáneamente se estableció en él una capilla cristiana, levantando sobre un altar modesto un crucifijo y una imágun de la Virgen.

Hernan Cortés pudo añadir otro nuevo laurel á su corona.

La curiosidad llevó al templo de los españoles á los mexicanos, y éstos, contemplando la bellísima imágen de la Inmaculada, y asistiendo á los ritos y ceremonias de los cristianos, no tardaron en reconocer la superioridad de su religion.

CAPITULO LVIII.

La ambicion de Cacumatzin.



o podia Cacumatzin tolerar la dominacion de los españoles, y aprovechó el suceso de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior para pedir al fanatismo religioso lo que se negaba á concederle el amor patrio de los mexicanos.

El señor de Tezcuco tenia que luchar en su Estado con la odiosidad que su carácter iracundo y despótico inspiraba á sus vasallos.

Gran parte de estos, cansados de la opresion que ejercia sobre ellos, formaban en secreto un partido favorable á Otholemi, hermano menor de Cacumatzin, que contrastaba con el rey de Tezcuco por la docilidad de su carácter.

Hay una época para los soberanos, en la que recogen lo que siembran.

Cuando un monarca es justo, considera á sus súbditos como hijos, practica para darles ejemplo toda clase de virtudes, y acepta los mayores sacrificios, siempre que redunden en beneficio de su pueblo; el pueblo que reune al formar colectividad los sentimientos más generosos del alma, sabe corresponder á los favores, á la justicia, á las virtudes y á los sacrificios del soberano.

Nunca habeis visto llanto ni pena en los vasallos el día de la muerte de un rey déspota.

La más insignificante desventura de un rey, se extiende á to-

das las clases de la nacion en donde manda, cuando con su conducta se hace digna de la gratitud general.

Un ejemplo palpable tenemos de esta verdad en lo que pasaba á Moctezuma, en lo que pasaba á Cacumatzin.

Uno y otro, aunque de diverso modo, habian oprimido á sus vasallos, los habian considerado como esclavos; y los mexicanos, como los habitantes de Tezcucó, no veían en la dominacion de los españoles una nueva esclavitud, sino el castigo providencial de sus reyes; y por esta razon los abandonaban convirtiéndose en humildes admiradores de sus verdugos los que en otro caso hubieran derramado hasta su última gota de sangre por defender á sus reyes, símbolo entónces para ellos, no solo de su independencia, sino de su felicidad y de su esplendor.

Soberano Cacumatzin de un reducido reino, por su carácter envidioso, por la sordida avaricia que le dominaba, veía con pena en mano de Moctezuma las riendas del imperio mexicano, y por ser uno de los que más cerca se hallaban de su trono, acariaba la idea de apoderarse de él.

Habia solicitado en diferentes ocasiones su union con Temixpa, despues de haber visto con pena á Guacalcinla, hija mayor de Moctezuma, enlazarse con Guatimotzin; pero la jóven india habia defraudado sus esperanzas, declarando á su mismo padre que ántes de ser esposa de su primo buscara la muerte.

Comprendiendo que el príncipe de Iztacpalapa carecia de ambicion, solo veía obstáculos á sus pretensiones en Guatimotzin y en los dos hijos de Moctezuma, á pesar de que estos por su corta edad no se hallarian en situacion de poder recoger el cetro de las manos de su padre cuando este sucumbiese.

La llegada de los españoles fué un incentivo á su ambicion.

La debilidad de Moctezuma, el pretexto que debía servirle para malquistarle en la opinion de sus vasallos, y obtener por a fuerza lo que de otra manera nunca podria conseguir.

Ya lo hemos visto desenmascararse y prepararse para desempeñar la jefatura del Estado, aunque interinamente.

Al ver rechazada su proposicion, volvió á Tezcucó con ánimo de aprovechar la indolencia en que habian caído los mexicanos, dar la batalla á los españoles seguros de vencerlos, despojar á Moctezuma, y obtener por conquista el imperio deseado.

Las noticias que llegaban á Tezcucó respecto de los españoles, y sobre todo respecto de la conducta que para con ellos observaba Moctezuma, debian ser fatales para los designios de Cacumatzin.

Este supo que los tezcucanos, descontentos de su dominacion para imitar la conducta de Moctezuma y obtener la amistad de los españoles, aspiraban á destronar á su soberano y á reemplazarle con Otholemi, el cual lograria granjearse la voluntad de los extranjeros con las buenas prendas que le adornaban.

No habia dado pretexto el hermano de Cacumatzin á aquella conjuracion.

Aunque era uno de las más inmediatas víctimas del carácter caprichoso y altanero de Cacumatzin, habia desoido las insinuaciones de los descontentos, y les habia asegurado que por nada del mundo faltaria á los deberes de deudo y de vasallo.

Poco importaba su negativa á sus partidarios.

Seguros de que Cacumatzin, con la violencia los arrastraria á la perdicion, porque reflexionaban y se decian que si los mexicanos no se atrevian á luchar con los españoles, ménos motivos tenian ellos de esperar la victoria al final del combate, á los deseos manifestados por Cacumatzin de convertir á todos los tezcucanos en soldados dispuestos á combatir por la independencia de México, aceleraron la realizacion de sus propósitos, y procuraron oponer una resistencia pasiva á los apremiantes mandatos de su rey.

—¿Cuál es la causa de esa desobediencia? preguntó Cacumatzin á Iolombio, general en jefe de sus fuerzas.

—La causa la tienes á tu lado, contestó el guerrero.

—Expícate.

—La mayor parte de los nobles de Tezcuco desean arrebatár la corona de tus sienes para colocarla en las de tu hermano Otholemi.

—Si tal supiera, yo mismo le daría la muerte.

—Pues prepárate á dársela, porque sus partidarios se aumentan por momentos, y segun mis noticias, de un momento á otro se rebelarán contra tí.

—Es necesario, dijo Cacumatzin, ardiendo en ira, que yo sepa al instante quiénes son los infames que tan inícuamente conspiran contra mí.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para sacrificarlos y enviar sus cabezas al gran templo de México.

—Si adoptases esa medida, dijo Iolombio, perderías tu corona, porque forman parte de la conjuración los nobles que más prestigio tienen entre tus vasallos. Yo te aconsejo, que calmado la ira que mis revelaciones despiertan en tu alma, pidas á tu sagacidad el remedio que necesitas.

—¿Qué me aconsejas, mi fiel amigo?

—La desaparición de tu hermano.

En cuanto él falte, faltará el móvil que incita á los rebeldes, y la necesidad les hará volver á tí.

—Mañana mismo perecerá Otholemi, dijo Cacumatzin, haciendo una señal á Iolombio para que le dejase solo.



CAPITULO LIX.

La sombra de una madre.



UANDO resolvió Cacumatzin poner término á las maquinaciones de sus enemigos, destruyendo la causa que las fomentaban, se hallaba solo en su estancia, y reinaba en torno suyo el mayor silencio.

Otholemi, segun su costumbre, se presentó á recibir órdenes de su hermano.

Al verle se estremeció el rey de Tezcuco.

La idea de ensangrentar sus manos sacrificando á Otholemi, le horrorizó.

—Respóndeme, dijo con acento severo al jóven. ¿Cómo tienes valor de presentarte á mi vista?

—Vengo á recibir tus órdenes, dijo con serenidad Otholemi.

—¿Crees, por ventura, que ignoro los planes que abrigas contra mí?

—No puedo creerlo, porque no abrigo ningun plan.

—¿Negarás que fomentas en mi ruina un partido con ánimo de destronarme?

—Otholemi miró fijamente á su hermano.

—¿Y para qué quiero yo tu corona? le dijo.

—¿Es decir que niegas lo que sé?

—La calumnia no es la verdad.

—No se inventan esos propósitos cuando no hay álguien que los fomente.

—Tendría motivos para quejarme de tu trato, dijo Othole-